

Hola, mi nombre es Daniel Santiago Vinasco Puentes, tengo 17 años y soy originario de Piedecuesta, Santander.

Más que un lugar, lo que realmente me ha definido es el camino que me ha tocado recorrer. Un camino lleno de pruebas, de caídas, de silencios profundos... pero también de amor, resistencia y esperanza.

Vivo con mis abuelos maternos, Faynoris Morales Peña y Wilson Puentes Salamanca, quienes desde siempre han sido mis verdaderos padres. Ellos no solo me cuidaron y me criaron, sino que me ofrecieron su amor cuando el mundo parecía no entenderme. Fueron ellos quienes se quedaron cuando mis padres biológicos, aunque vivos, nunca asumieron su rol de padres. Nunca estuvieron, nunca mostraron interés, y eso me enseñó que la familia no siempre está unida por la sangre, sino por los lazos de amor y sacrificio. Por eso, ante mis ojos y los de Dios, mis abuelos son mi familia, mi ejemplo, mi todo.

Desde pequeño, la vida me ha puesto frente a situaciones difíciles. La enfermedad de mi abuelo marcó profundamente mi adolescencia. Verlo apagarse poco a poco mientras intentaba mantenernos unidos fue doloroso. Lo vi luchar contra el tiempo, contra su cuerpo, y entendí el verdadero significado del sacrificio. Al mismo tiempo, nuestra situación económica nos obligó a mudarnos, a buscar nuevos comienzos en otras ciudades. Terminé mi primaria en un lugar distinto, regresé a Piedecuesta para continuar con el bachillerato y logré obtener una técnica en Contabilización. Pero cada uno de estos logros estuvo acompañado de lágrimas, noches sin dormir y el peso de una realidad que a veces intentó quebrarme.

A lo largo de mi vida, he tenido que pedir ayuda muchas veces. He tenido que agachar la cabeza ante personas que se autodenominaban "familia", pero que, con sus acciones, me demostraron que la palabra "familia" no siempre significa amor. Aprendí a vivir con el abandono y el silencio de quienes uno más desea que estén. Pero también descubrí la gratitud, porque hubo personas, aunque pocas, que me tendieron la mano sin juzgarme. Personas que me ayudaron con lo poco o mucho que tenían, y eso jamás lo olvidaré. A todos ellos, gracias de corazón.

Porque, a pesar de todo, sigo soñando.

Soy un chico soñador, con metas claras y un corazón lleno de esperanza. Sueño con cumplirles a mis abuelos todo aquello que imaginé de niño. Ese niño feliz que jugaba sin saber lo duro que sería crecer. Ese niño que ahora enfrenta pensamientos profundos y responsabilidades adultas, pero que no se rinde. Que lucha cada día, estudiando, trabajando y buscando su lugar en el mundo.

Estoy profundamente agradecido con mis abuelos por haber sido todo lo que mis padres no quisieron ser. Gracias a ellos, estoy de pie. Gracias a ellos, sigo creyendo en el amor, en el esfuerzo y en el valor de una palabra sincera.

Este soy yo:

Daniel Santiago. 17 años. Luchador, sensible y resiliente. Un joven que lleva consigo cicatrices, pero también una fe inmensa en que todo lo vivido servirá algún día para construir algo grande, noble y duradero.

Sigo aquí, con heridas, pero firme. Agradecido con quienes me han amado de verdad. Orgulloso de lo que soy, no porque haya sido fácil, sino porque aprendí a resistir.

Esta es mi historia:

Una historia escrita con lágrimas, valentía y fe. Y aunque aún me falte mucho por recorrer, tengo claro algo: no pienso rendirme.

Porque sí, soy un chico soñador, a pesar de todo. A pesar de las heridas, de la soledad, de la incertidumbre. Tengo metas grandes, quiero salir adelante, quiero retribuirles a mis abuelos cada sacrificio, quiero verlos tranquilos y saber que todo valió la pena.

También quiero cumplirle a ese niño que alguna vez fui: ese niño feliz, ingenuo, que soñaba con cambiar su realidad. Ese niño que hoy, aunque más serio y más fuerte, sigue luchando todos los días, estudiando con esperanza y buscando su lugar en el mundo.

Y hoy, al mirar atrás, ya no veo solo las caídas y los silencios. Veo el amor que me brindaron mis abuelos, el sacrificio que hicieron por mí, y la fuerza con la que, aunque el mundo no lo entendiera, me levantaron siempre. Cada lágrima, cada cicatriz, tiene un propósito en esta vida. No soy el mismo que era antes, ni el mismo que alguna vez soñó con cambiar su realidad. Ahora soy alguien que, a pesar del dolor, sabe que la lucha siempre vale la pena.

Hoy sigo adelante, con esperanza renovada, no solo por mí, sino por los que me dieron la vida y por todos aquellos que, como yo, sienten que la vida no siempre les da lo que esperan. Pero, al final, la vida te enseña que, con amor, esfuerzo y fe, lo que parecía imposible puede hacerse realidad.

Esta es mi historia, y con ella, un recordatorio de que, aunque el camino sea difícil, lo importante es nunca dejar de caminar. Porque el destino está en nuestras manos, y lo que hemos vivido no nos define, sino lo que elegimos ser después de todo. Así que seguiré luchando, con una sonrisa, por todos los sacrificios que me han traído hasta aquí.